

## **INTRODUCCION**

La afirmación de que el neopositivismo es también una filosofía, debería ser una proposición *per se nota* y, por tanto, sin ningún contenido nuevo, si no se hubiese dado la pretensión, intrínseca en esta corriente de pensamiento, de superar *toda* filosofía. La paradoja que ello entraña hace que la afirmación liminar de esta introducción tenga, de hecho, el carácter de una toma de posición. Y así es.

Incluso los que con mayor vigor defendieron el carácter decididamente antimetafísico del nuevo movimiento, o tal vez por ello mismo, y que relegaban la filosofía a la tarea de «análisis del lenguaje» (1), tuvieron que establecer cierta conexión histórica entre la nueva corriente contemporánea y algunos sistemas filosóficos bien definidos, de los que, aun sintiéndose alejados en algunos aspectos, decían recoger, si no toda la letra, al menos el espíritu de su labor.

Si se calificó el neopositivismo, también como «neoempirismo» o, más precisamente, como «empirismo integral» y «empirismo conse-

cuenta» (ambas denominaciones usadas por Schlick (2), quien no gustaba demasiado del nombre que se ha hecho más clásico), ello fue, evidentemente, porque se impuso la creencia de que la corriente filosófica con la que se sentía más identificado y con la que se hallaba doctrinalmente más próximo, era el empirismo. Los historiadores recientes siguen también esta tónica general. Así, W. Stegmüller, en su obra *Corrientes fundamentales de la filosofía actual*, denomina «empirismo moderno» a la corriente de pensamiento que va desde E. Mach hasta R. Carnap (3).

De las obras especializadas que comentan el positivismo lógico, es reconocida como una de las más serias y profundas la de J. R. Weinberg, *Examen del positivismo lógico*. La reseña histórica que figura al comienzo del mismo, sobre las influencias filosóficas que inciden sobre el positivismo lógico, ofrece varios datos de interés para el propósito de nuestro trabajo.

La primera gran afirmación con la que nos encontramos, es la de que «Hume es el primer gran positivista» (4) y, citando una expresión del «Wissenschaftliche Weltauffassung, Der Wiener Kreis», lo califica como «el positivista *par excellence*» (5) y después de oponer ciertos reparos a su positivismo (6), concluye: «Muchas, si no todas las doctrinas del positivismo contemporáneo, derivan de Hume. En casi todos los aspectos, Hume está intelectualmente más cerca de la filosofía del Círculo de Viena

que el autor del *Cours de la Philosophie positive*» (7).

De la corriente positivista clásica que puede quedar caracterizada con los nombres de Cournot, Germain y Comte, el positivismo actual —en opinión de Weinberg— está bastante alejado y solamente conecta con él en cuanto que en ambos «se afirma y se defiende con todo vigor la omnipotencia del método empírico» (8), con lo que nos remite, de nuevo, a la influencia decisiva del empirismo de Hume.

El empirismo decimonónico de John Stuart Mill y Herbert Spencer es juzgado como irrelevante. «De los dos —dice Weinberg— sólo Mill es un empirista bastante consistente, pero su psicologismo en lógica, junto con el tono realista de sus ideas sobre la materia, lo apartan radicalmente de Comte y del camino histórico que conduce directamente al positivismo lógico (9).

La importancia fundamental que Weinberg atribuye a la obra de Hume en la gestación del positivismo contemporáneo es de tal índole que pasa, no ya por encima de la de los neoempiristas ingleses del siglo XIX, sino del propio positivismo clásico francés.

Por citar el criterio que, sobre este punto, tienen las *Historias generales de la Filosofía*, exponremos las palabras con que J. Hirschberger, en su *Historia de la Filosofía*, inicia la exposición del «Neopositivismo»: «En toda la historia de la Filosofía se repiten propiamente

dos únicos tipos puros, Platón y su antípoda Hume. Todo lo demás puede repartirse entre estos dos modos fundamentales de filosofar, o se trata de tipos mixtos. *El empirismo de Hume tiene hoy una original continuación en el neopositivismo lógico*» (10).

El objeto de este trabajo es mostrar que el neopositivismo *no* es una «continuación» del empirismo de Hume, removiéndolo, al mismo tiempo, la idea del historiador citado de que Hume es un «tipo puro» (en el sentido en que aceptamos que Platón lo es). Ambas tesis, mutuamente implicadas, las sostenemos mostrando la importancia del racionalismo que incide en esta temática, tanto por la influencia que tuvo en el empirismo clásico como en el neopositivismo.

Como consecuencia de la creencia más divulgada —la de que el neopositivismo es, ante todo, un empirismo— se ha dado por supuesto que a ninguna filosofía se opone tanto el nuevo sistema doctrinal como al *racionalismo* —dando por válida, y reafirmando, la «clásica» interpretación sobre el irreconciliable antagonismo entre aquellas filosofías que privaron en el siglo XVII y buena parte del XVIII. Esta conclusión no es, con todo, tan unánime como la anterior, aunque han sido precisamente los neopositivistas más polémicos los que se han empeñado en presentarlo así y esto es, en cierto modo, revelador.

Hans Hahn, uno de los redactores del

*Wissenschaftliche Weltasfassung, Der Wiener Kreis* (11), ha escrito a este respecto: «La teoría “racionalista” de que el pensamiento es una fuente de conocimiento que supera a la observación, de que en realidad el pensamiento es la única fuente de conocimiento digna de confianza, ha predominado desde el apogeo de la filosofía griega hasta nuestros días. No puedo siquiera señalar qué extraños frutos maduraron en ese árbol del conocimiento; lo único que puedo decir es que mostraron un valor extraordinariamente poco nutritivo. Por eso, gradualmente, la corriente opuesta, la corriente “empirista” que se originó en Inglaterra, apoyada en los resultados sustanciales de la ciencia natural moderna, que afirmaba la superioridad de la observación sobre el pensamiento, y que la experiencia era la única fuente de conocimiento que *nihil est in intellectu, quod non prius fuerit in sensu*, no ha dejado de acrecentar su intensidad» (12).

Sólo desde la, ya aludida, simplísima perspectiva histórica, posibilitada por una notable confusión doctrinal, puede redactarse este texto. Los implícitos y las conclusiones que el mismo sugiere, contribuyen a establecer como «evidente» la conexión que, al principio, se ha referido como la más divulgada e, incluso, aquella «natural» consecuencia.

Aun teniendo que modificar la doctrina empirista clásica, introduciendo la distinción *leibniziana* entre «verités de fait» y «verités de rai-

son» (aunque se discrepe en el modo de obtener las primeras de ellas), se ha creído que, superando el planteamiento kantiano de los «juicios sintéticos *a priori*», el empirismo ofrece un punto de partida válido en lo que a las verdades de la «ciencia experimental» se refiere, para realizar el ideal positivista de la *ciencia universal sin metafísica*. De este modo, la opinión general que, a falta de estudios completos, aparece en alusiones indirectas, incisos antitéticos y afirmaciones incompletas, sigue siendo la de que el empirismo es aquella corriente intelectual doctrinalmente más próxima al neopositivismo.

Según se desprende asimismo de las anteriores palabras de Hahn, esta creencia general se avala también, de forma sucedánea pero psicológicamente poderosa, en la afirmación tópica de que fue el empirismo quien más directamente contribuyó al desarrollo de las ciencias experimentales durante la aparición de lo que se llama «*scienza nuova*». Aunque esta cuestión no es idéntica a la que aquí queremos tratar, contribuye a fomentar la opinión de que la «ciencia» se dificulta por la «intromisión» de la metafísica.

Pero, desde el punto de vista histórico, podemos recordar con H. Butterfield que hoy «está en duda la interpretación de toda la revolución científica» (14) y bien cabe esperar que cuando se elabore la correcta interpretación de la misma se contribuirá, aunque sea indirectamente, a resolver parte del problema que aquí se abor-

da. Desde el punto de vista estrictamente científico, la creencia de que el empirismo desarrolló una «teoría de la experiencia», apta y fecunda para las ciencias empíricas, debe ser contrastada con la autorizada opinión del psicólogo experimental Jean Piaget, quien constata: «El estudio experimental de la experiencia contradice las interpretaciones de la experiencia propuestas por la filosofía empirista, y el hecho es fundamental si se quiere juzgar objetivamente de una manera simultánea los servicios prestados por los empiristas al orientar su filosofía hacia la experiencia y las insuficiencias de esa misma filosofía» (14).

Algunos autores se han percatado de que a la usual conexión «empirismo-neopositivismo» se le pueden hacer serias objeciones. Así, David Pears sostiene que el *Tractatus* de Wittgenstein mantiene una fuerte afinidad con el racionalismo clásico, cosa realmente evidente para quien conozca la estructura de esta obra. Pero en este trabajo que presentamos se pretende probar, profundizando y ampliando el sentido de esta y otras observaciones parecidas, que *toda* la corriente contemporánea que denominamos «neoempirismo» o «neopositivismo», pese a la complejidad que todo movimiento moderno connota, es ante todo un «radical racionalismo». Desde esta tesis general podemos decir que el *sentido* de este trabajo puede entenderse como un diálogo con el texto de Hans Hahn, antes citado, como exponente del conjunto de olvidos

y deficientes interpretaciones de que está impregnado el tema de nuestra investigación.

La dificultad de replantear desde sus fundamentos, el origen de las verdaderas fuentes del neopositivismo, no consiste sólo en la amplitud de autores que deben ser estudiados, sino que requiere también una laboriosa discusión de cuestiones doctrinales que, unas veces, parecen alejados del tema a tratar y otras, se toman en su interpretación más usual que no es siempre plenamente adecuada. Entre estas últimas figura, sin duda, la muy clásica del «nominalismo», doctrina que se supone común al empirismo y al neopositivismo, olvidando, empero, que lo es también al racionalismo, con una característica que lo hace especialmente importante, a saber, que el nominalismo racionalista es mucho más radical que el empirista y las profundas razones de ello están en íntima relación con el sentido de la intuición racionalista.

Es crucial precisar el verdadero sentido de la «intuición», como modo propio de conocimiento en la filosofía racionalista, distinguiéndola de aquellas filosofías, como la antigua de Platón o la moderna de Husserl, con las que fácilmente las asociamos, cometiendo una imprecisión (de la que, por cierto, Descartes no es culpable, en tanto que advierte que da al término un uso nuevo y distinto del empleado en las «Escuelas»), que impide prestar la debida atención al peculiar «objeto» que en ella se da y cuya más directa y significativa conclusión es el

«olvido», por parte de Descartes, de las «esencias platónicas». Desde aquí, cabe replantearse el verdadero alcance y sentido de la metafísica cartesiana, a la luz de aquella «innovación» de la que hace continuamente gala.

Importa mucho, finalmente, advertir en esta introducción sobre lo que es el argumento más repetido, característico y aparentemente sólido, que se invoca como justificación de la raíz «empirista» del neopositivismo: la superación de la metafísica.

Cuando se sostiene como indudable que el empirismo, particularmente el de Hume, supone el rechazo de la metafísica, debería precisarse que la famosa «Conclusión» del *Enquiry concerning Hume Understanding*, viene *condicionada* —de modo parecido a lo que después sucedió con Kant—, por el *propósito* de la obra, expresado por su autor, de esta manera: «Inquirir seriamente en la naturaleza del entendimiento humano» y, una vez hayamos determinado los límites de la razón «cultivaremos la verdadera metafísica, con cierto cuidado, a fin de destruir la metafísica falsa y adulterada» (15).

El paralelismo que se acaba de establecer nos lleva a una consideración que puede no ser infecunda. No ha faltado quien impute a Kant toda la corriente positivista de los siglos XIX y XX. Como lógica consecuencia de lo que fue el «extraño resultado» de la *Crítica*: la imposibilidad de la metafísica en tanto que su

objeto no se ofrece bajo las condiciones de las formas *a priori* de la sensibilidad. Ahora bien, es un tópico de la *Crítica de la razón pura*, expresado ya desde su Introducción, que uno de los valores positivos de la obra consiste en que «Sólo por medio de esta crítica pueden cortarse de raíz el *materialismo*, el *fatalismo*, el *ateísmo*... Finalmente, también el *idealismo* y el *escepticismo*» (16).

Reflexionando sobre este texto podemos hablar de rotundo fracaso de la *Crítica*, pues es notorio que los sistemas doctrinales que Kant quiere *siempre* refutar son, a la vez, el materialismo y el idealismo, precisamente los mismos que rebrotaron, con empuje multiplicado, inmediatamente después de Kant. Que una obra de tal altura intelectual haya fracasado en este intento podría ser debido, en buena parte, al deficiente planteamiento de la supuesta *antítesis* «empirismo-racionalismo» que Kant pretende superar. Por lo menos, es cierto que fue el propio Kant quien más contribuyó, cuando todavía no existía la Historia de la Filosofía como ciencia, a presentar una radical escisión que hasta entonces no se había planteado (17). A partir de Kant —y sobre todo de Hegel— se ha hecho usual referirse más a los movimientos filosóficos que a los filósofos, con lo que se atiende más a esquemas preconcebidos que a estudios intrínsecos, encajonando previamente a estos últimos en la corriente en la que «deben» estar.

En este estudio se concede especial atención a estos problemas doctrinales que revierten de modo explícito sobre la supuesta antítesis empirismo-racionalismo, principal causante de la creencia general, objeto directo de nuestro trabajo, de que todo positivismo tiene su origen en el empirismo clásico. Esta peculiaridad de nuestro estudio constituye lo que podríamos llamar la *formalidad* con que se aborda el objeto material del trabajo. Teniendo en cuenta todas las anteriores observaciones, lo propio de nuestra investigación será analizar los momentos culminantes y «decisorios» de cada corriente de pensamiento que pueden tener directa relación en esta búsqueda del «hilo conductor» que entronca al neopositivismo con la filosofía que le precedió, y que, según pretendemos probar, es el racionalismo continental del siglo XVII.

Dentro del campo racionalista, el momento verdaderamente *originario* es, sin duda, el pensamiento cartesiano, sin el que no se hubiera dado la obra de Spinoza (pese a las diferentes conclusiones de este filósofo) e influyendo notablemente sobre Leibniz y su ideal de «*Mathesis universalis*», que precisamente tuvo tanta influencia en el desarrollo de la nueva lógica. Por esta razón dedicamos al filósofo francés la mayor atención, aunque también Spinoza es tenido muy en cuenta, especialmente por el «giro» *monista* que tomó el neopositivismo.

De los autores empiristas clásicos se estudia,

precisamente, David Hume, en cuanto que puede ser considerado como el más consecuente de los empiristas, y los mismos que se empeñan en la conexión empirismo-neopositivismo, que en este trabajo se pretende remover, lo citan preferentemente. A este propósito interesa mostrar la íntima conexión entre el racionalismo cartesiano y el «semiempirismo» de Locke, para poner de manifiesto la raíz racionalista que subyace y alimenta el árbol del empirismo. Locke es, en realidad, un cartesiano disidente, como Spinoza podría calificarse de cartesiano radical.

Ernst Mach representa, sin duda, el momento inicial y más vigoroso del neopositivismo. Su filosofía, similar a la de Avenarius, tuvo una influencia decisiva en la gestación del neopositivismo como movimiento intelectual científico-filosófico, en parte discrepante del positivismo clásico de Comte. Con él se inician además los intentos *elaborados* de fundamentación científica antimetafísica desde unos amplios conocimientos de todas las materias que intervienen en su gestación: la física, la psicología, la fisiología de los sentidos (objeto de su principal investigación) y, cómo no, la filosofía. Su personalidad desborda el ámbito espacio-temporal de su actuación concreta, y llega a influir en la formación del Círculo de Viena. El juicio de J. R. Weinberg resulta, a este respecto, suficientemente explícito: «Mach está mucho más

unido al positivismo lógico que cualquier otro pensador anterior» (18).

William James, psicólogo y también filósofo, es estudiado en este trabajo en cuanto que el «pragmatismo» fue un movimiento «afín con el neopositivismo» (19) de notable influencia dentro y fuera de su país de origen.